



Chantal Mouffe
Agonistics.
Thinking the World Politically
 Verso, Londres y Nueva York, 2013,
 149 págs.

La visión de la política que postula *Agonistics* se funda en una dimensión profunda, una ontología a través de la cual se busca capturar la estructura final de la realidad. Esta no se puede comprender, argumenta Chantal Mouffe, sino desde la perspectiva de una “negatividad radical”. Dicha concepción tiene una larga historia dentro de la filosofía, y de la filosofía política en particular, que se remonta a los pensadores del Medioevo, si bien estos antecedentes no son tema de su libro.

La consecuencia central de la posición ontológica de Mouffe, que la autora asimila a la definición de “lo político” o esencia de las prácticas políticas y de la vida institucional, es que cualquier forma de armonización final de la sociedad resulta insostenible. Este reproche abarca tanto a las perspectivas liberales y neoliberales como también a aquello que, en los últimos tiempos, pensadores como Alain

Badiou y otros denominaron “hipótesis comunista”. No hay consenso social posible ni en lo inmediato –aspiración de las diversas ramas del liberalismo democrático– ni en un futuro más o menos utópico –según creieran los que sostienen ideales comunistas–.

La democracia radical que defiende Mouffe en su obra consiste en un “pluralismo agonístico”. De acuerdo con este modelo, hay actores políticos con intereses irreconciliables que luchan entre sí y ese conflicto constituye un factor ineludible, pero los distintos actores pueden convivir democráticamente, puesto que no son enemigos sino adversarios. El orden agonístico, según Mouffe, se contrapone al antagonístico, violento, en la medida en que el primero implica un consenso conflictivo, opuesto a la armonización pero no a la democracia. Al mismo tiempo, es preciso distanciarse de un discurso político, hoy predominante, que solo busca el centro y habla en términos económicos o éticos, su consecuencia es la pérdida de interés de la población por lo público y la masiva desconfianza hacia la política como vía de transformación. Un tipo de consenso deliberativo *à la* Habermas tampoco resultaría ajeno al ideal de una armonía final; en definitiva, antipolítica. El espacio público no puede ser el ámbito de imaginarios acuerdos racionalmente tramitados sino el campo de batalla por la hegemonía.

La teoría política sobre la que se fundan estas reflexiones es deudora de la del polémico jurista alemán Carl Schmitt, según reconoce la propia autora, quien ensaya una interpretación libre de ese pensamiento conservador y nacionalista. Para Schmitt, crítico de la democracia liberal, las divisiones no se dan dentro de una nación sino entre naciones que se consideran entre sí enemigos justos (*i.e.*, no criminales individuales). Las distintas naciones se hallan culturalmente

unificadas a su interior (no tienen, por tanto, enemigos intestinos, sí criminales particulares). Sin embargo, en sus relaciones mutuas aparecen intereses encontrados que pueden llevarlas a la guerra.

Mouffe aplica a sus reflexiones una visión muy personal de este modelo teórico, que no expone en detalle en su libro. Por una parte lo modera, ya que descarta la guerra entre naciones, y, por otra, lo radicaliza, puesto que su punto de partida son las divisiones internas en las distintas sociedades. Mouffe, al mismo tiempo que intenta rescatar la forma democrática, quiere desacoplar de ella al liberalismo, en el cual, según el sentido común de la ciencia política corriente, dicha forma encuentra su único fundamento doctrinario y operativo posible. Este reacomodamiento no encuentra un desarrollo explícito en este libro, pero es quizá su núcleo esencial. Ello permite conjeturar que el objetivo del texto es menos teórico que polémico, puesto que su adversario decisivo es el neoliberalismo y, subsidiariamente, aquellas posiciones de izquierda cuyas ontologías políticas no contemplan el antagonismo radical.

Entre estas últimas concepciones, la presentada por Toni Negri y Michael Hardt constituye el blanco teórico de Mouffe a lo largo de todo su trabajo, ya que estos autores, a partir de libros en coautoría como *Imperio* o *Multitud*, adquirieron una vasta resonancia entre los movimientos sociales y políticos internacionales de los últimos años. Negri y Hardt creen que hay que abandonar las instituciones y luchar fuera de ellas por una democracia distinta, no representativa, absoluta. El éxodo institucional y una concepción directa de democracia configuran una alternativa rival a la del conflicto hegemónico. La noción de hegemonía, cardinal para la interpretación de la política según Mouffe, proviene del pensador que constituye su refe-

rente teórico esencial: Antonio Gramsci. La democracia, según la autora, puede y debe radicalizarse; con todo, la hegemonía resulta insuperable; un sector social la ejerce siempre. A las visiones autonomistas y posoperarias de Hardt y Negri, así como a las posteriores elaboraciones realizadas por el teórico italiano Paolo Virno, la autora les reprocha una deriva antipolítica e ineficaz. En primer lugar, porque caracterizan al Estado como un aparato de dominación simplemente monolítico y, en resumidas cuentas, también irrelevante como espacio de disputa.

Agonistics apuesta por un serio compromiso en la lucha por la hegemonía ‘también dentro’ de las instituciones existentes (parlamentos, sindicatos, etc.), orientada hacia la construcción de una contrahegemonía y una posterior rearticulación de formas y contenidos políticos contrarios a los hoy dominantes. El propósito es constituir un ‘nosotros’ o voluntad común efectiva para la ‘guerra de posiciones’ (un célebre concepto de Gramsci) del presente. Tal voluntad se hallaría aún difuminada en los variados frentes sociales. Una pura estrategia de desertión institucional –estatal, partidaria y parlamentaria– como postulan Negri y Hardt, acaba siempre en la desmovilización. Ese fue el destino de movimientos como Occupy, surgido en Estados Unidos y también el de los indignados españoles, argumenta Mouffe, quien no concibe un proyecto emancipatorio que crea en la final eliminación del poder. Su horizonte es un socialismo definido por la radicalización de la democracia, no el mito comunista –una sociedad transparente y reconciliada– definitivamente descartado por la historia tras la caída de la Unión Soviética.

A su diferencia ontológica con Hardt y Negri sobre la dimensión antagonica de ‘lo político’ y la centralidad que todavía conserva el Estado, Mouffe suma otra sociológica,

puesto que ellos fundan sus análisis y basan su estrategia en una interpretación errada de la recomposición del capitalismo en su etapa global. Según estos autores, se impuso en el mundo un posfordismo que transformó las subjetividades e instauró un modo de producción que desplazó a la clase obrera como base fundamental de la política revolucionaria. Mouffe coincide en esta visión posmarxista; sin embargo, les recrimina sostener un relato demasiado unilateral, que exagera el rol beneficioso de la tecnología para una perspectiva liberadora, al tiempo que minimizan la influencia del capital en el nuevo contexto posfordista. Por otra parte, toma distancia del clasismo residual que todavía ve subyacente en la interpretación de Negri y Hardt y rehúsa considerar que la lucha de clases haya sido el impulso fundamental para la transformación del régimen del capital al que se asistió desde finales de los años sesenta del siglo pasado. Antes bien, lo que se produjo fue una reacción por parte del capital que puede ser definida, en términos gramscianos, como “revolución pasiva” o “neutralización hegemónica”. Ello condujo a un nuevo y amplio triunfo del capital, no a su debilitamiento. El capital reconstruyó su hegemonía social metabolizando y cancelando el potencial subversivo de las consignas con las cuales los revolucionarios la habían desafiado en las décadas de 1960 y 1970.

Agonistics aborda también asuntos de actualidad internacional, como el destino de la Unión Europea, con un énfasis en los movimientos de protesta que la crisis mundial generó en los últimos años y busca diferenciarse de las perspectivas moralistas que,

en opinión de la autora, inundan la política actual. Por ese motivo, rechaza la noción, de origen habermasiano (y kantiano), de una política cosmopolita. El uni-verso debe ser más bien un pluri-verso, o sea un mundo multipolar. La democracia liberal no debe constituir una noción normativa superior, lista para ser impuesta en todas partes, tal como pretende Occidente.

En un sentido general, *Agonistics* oscila entre el debate teórico y la intervención política. Se postula en el libro un núcleo que combina aspectos de la teología política de Schmitt con una instrumentación populista (en el sentido que Ernesto Laclau le atribuye a la palabra) de las ideas de Gramsci, pero distanciada de la estrategia comunista que animaba al italiano, porque ese sería un camino ya impracticable. Ha sido descartado en la actualidad tanto por razones sociológicas (fin del predominio fordista y, consecuentemente, del sujeto revolucionario obrero) como políticas (la democracia es el horizonte político de nuestro tiempo, si bien debe ser radicalizada). La polémica con las tendencias autonomistas de Negri y otros, tan influyentes en nuestros días tanto en la academia como entre los militantes sociales, constituye sin duda el tema más vibrante de este libro. También es notable la habilidad de la autora para aplicar sus conceptos al análisis de procesos nacionales e internacionales de resistencia política en rápidas observaciones y concisas miradas panorámicas.

José Fernández Vega
Profesor de la Universidad de Buenos Aires e
investigador del CONICET, Argentina